

vocación de santa para sufrir con paciencia impertinencias á que no doy lugar: en resumen, no quiero volver á hablar de Zubieta; si te disgusta que venga, despídelo, y si, como lo creo yo, crees tú que esto sería ridículo por tu parte, cállate y estudia tu conducta para no volverme á ofender gratuitamente: He dicho.

Y diciendo esto, Lola se paró de un salto, abrió la vidriera y, alegre como una colegiala, atravesó todas las piezas de la casa cantando una danza habanera.



## CAPÍTULO XVI.

ENTRE MARIDO Y MUJER.

**N**O volvieron Lola y su marido á ocuparse por entonces de la cuestión de los celos; pero tampoco quedó nada resuelto.

Zubieta siguió siendo un reloj en materia de exactitud, y don Manuel por su parte, estaba cada día mas intranquilo.

Al fin, y como era de esperarse, emprendió el matrimonio la segunda conferencia con respecto á los celos.

Esta segunda conferencia, también como era de esperarse, fué mas interesante.

—Volvemos á tocar la cuestión, decía Lola, bajo el mismo tema, y á este paso, no avanzaremos nunca; entendámonos.

—Entendámonos, repitió don Manuel.

—¿Estás celoso?

—Sí.

—Explicame tus celos, ó mejor dicho, precisa los términos de tu ofensa ¿soy infiel?

—No, yo no digo precisamente que tú....

—¿No?

—Estoy bien seguro de tí, pero te repito que las gentes hablan, y que es muy triste estar dando pábulo á hablillas de ese género, cuando....

—En todo caso, exclamó Lola, debes ser mas leal para juzgarme y mas franco para confesar tus debilidades.

—Ten presente que yo te hablo con la frente levantada, porque en lo mas íntimo de mi conciencia existe la convicción de que soy digna de mí misma, y por eso ten-

go el derecho inalienable de defenderme y de hablar alto; la altivez con que creo de mi deber hablarte no es la desvergüenza, sinó la dignidad la que me la inspira, no soy culpable ni con el pensamiento, ni en sueños, ni loca; comprendo todo lo que vale para mí el aprecio de mí misma, y esta garantía es mas sagrada que todos los juramentos que pudiera hacerte; al paso que tu conducta meticulosa y cobarde está revelando al hombre que obra sin la conciencia de los hechos, y hasta sin las presunciones mas remotas.

Avergüenzate de arrastrarte como un reptil para espiarme, levántate en hombros de tu propio valer, é interrógame frente á frente porque no te temo, como no temo á la luz ni á la verdad.

Un exceso de mi cariño hacia tí, la consideración de que lo que te ha asaltado es una verdadera enfermedad del espíritu, me han obligado á perdonarte cien veces tus desconfianzas, que envuelven para mí una tan formidable ofensa; y tú, ciego y torpe

no comprendes que tu conducta no hace más que minar el pedestal de nuestra tranquilidad doméstica, y esparcir nubes negras en el blanco y puro hogar, que no ha profanado todavía ni un pensamiento, ni un sueño; y todo el caudal de amor y de ternura que en tí, el único hombre á quien he amado, deposito constantemente, lo aceptas para mezclarle el negro veneno de tus celos.

Tú, y sólo tú, serás el responsable del contagio que mi amor resienta, cuando en vez de premiarlo lo insultas, cuando en vez de aceptarlo lo rehusas.

No se me oculta que me celas, que me cuidas, que me vigilas como á una mujer criminal, y cada una de tus tenebrosas pesquisas, cada una de tus ridículas asechanzas, es un dardo que hiere mi corazón, que me lastima horriblemente, é insistes, y esa idea de loco que se ha apoderado de tu cerebro va á acabar por matarte y por matarme á mí, porque en fuerza de herir mi amor acabará por languidecer, y en fuerza de ha-

certe indigno de él constantemente, acabará por marchitarse como una planta sin jugos.

Por otra parte, sabes la gravedad del mal en qué consiste, en que no es Zubieta el móvil de tus celos; Zubieta no es más que la encarnación, porque los celos son una enfermedad que necesita encarnarse y se apodera de la primera sombra.

El mal no es que Zubieta esté de por medio, sino que en tu alma haya podido penetrar por primera vez esa fatal ponzoña; el mal está en que tu fé vacila, en que te desconozcas á tí mismo. ¡Ay exclamó Lola en medio del fervor de aquella violenta inspiración, creí que nunca me pasaría esto!

Y aunque Lola sintió que rodaba por su mejilla una lágrima, no se movió, porque no quiso hacer alarde de su llanto: no lo necesitaba.

Don Manuel estaba perplejo; jamás había oído hablar á Lola de aquel modo; le había parecido otra mujer, una mujer superior á la que él había conocido.

—Pero eres tú, exclamó al cabo de un rato, eres tú la que me has hablado?

Aquella pregunta hirió doblemente el amor propio de Lola.

—¿Te sorprende mi lenguaje?

Sí, verdaderamente.

—Ya te comprendo; debía haber sido la de siempre para tí, hasta en mi lenguaje; pero si vieras cuán elocuentes son la verdad y la justicia.

—Has estado inspirada.

—Sí, tienes razón, y tú has estado torpe: es la causa de cada uno; yo hablo á nombre de la verdad y del amor, y tú á nombre de la calumnia y de los celos.

—Es que yo tampoco te he dicho todo lo que los celos son capaces de inspirarme.

—¿Vas á decírmelo? le preguntó Lola con tanta altivez, que don Manuel bajó los ojos y dijo:

—Pero no para acusarte sinó para quejarme contigo: ¿puedo hacerlo?

—¿Quejarte conmigo? sí: ¿no soy tu compañera?

—¡Qué buena eres!

Y don Manuel acercó una silla lo más que pudo á la de Lola, y luego con el acento mas dulce, dijo:

—He sufrido mucho, Lola ¿y me negarás que mi sufrimiento depende de que te amo mucho?

—Sí, te lo niego, porque tu sufrimiento nace de que no sabes amarme, no sabes procurar que te ame.

—¿No he sabido amarte?

—No.

—¡Y hasta ahora me lo dices!

—Sí, porque en vano hubiera yo pretendido enseñarte.

—¿Soy torpe para aprender?

—No, pero siempre has creído que sabías lo bastante y hubieras despreciado mis consejos.

—Lola, ¿qué estás diciendo?

—Verdades, hoy no digo más que verdades.

—¿Eso es verdad?

—Sí, escucha. Por el género de educación

que has recibido, por las costumbres de tu familia y aún por el género de vida á que te has consagrado, has logrado simplificar la ciencia de la vida, que es la mas difícil, á la práctica de todas las rutinas, al método de todas las acciones, y al mas vulgar materialismo, en fin, sin ocuparte de la parte filosófica del matrimonio, que es el estudio mas importante, al menos para el hombre que pretenda buscar la felicidad en uno de sus veneros mas seguros.

—Quiere decir....

—No he concluído, escúchame.

—Nos conocimos, y cuando me enamoraste.... recuerdas cuál fué mi primera pretensión?

—No.

—Pues fué ésta: que procurásemos conocernos.

—Es cierto.

—Insististe, y á los dos meses de conocernos nos casamos.

—Es cierto.

—Yo por mi parte procuré estudiar tus

gustos, sondear tu inteligencia y estrecharte á mí con los lazos morales del cariño y con algo más, con los lazos que proporciona el estudio moral en todo lo que pertenece al conocimiento del individuo. ¿Recuerdas cuáles fueron tus primeros desaires, apenas te familiarizaste con tu nuevo estado?

—No lo recuerdo.

—Yo no lo he olvidado. Me llamastes pedante, te burlastes de mis observaciones, me dijiste que me había llenado la cabeza de libros inútiles, y hasta me prohibistes la lectura.

—Es cierto.

—Esto que para tí no tenía ninguna significación, fué para mí un verdadero desengaño; comprendí que mi misión se reducía á identificarme contigo, haciéndote agradable la vida; amoldándome á tus gustos, á tus deseos, á tus costumbres, y así lo he hecho sin faltar un solo día.

Y cuando mi imaginación me hacía delirar con la unión moral de dos almas que se

aman y se comprenden, me veía obligada á sofocar los arranques de mi fantasía, plegando las alas para permanecer á tu lado, y considerando como una profanación dar rienda suelta á mi idealidad y á mis ilusiones de loca.

Tú creíste por tu parte que ya no era necesario hablar de amor, sino consagrarse á la vida práctica, acomodada á un método invariable y constante; enhorabuena, estoy y he estado conforme; no he vuelto á exigir nada de tí, he cumplido y seguiré cumpliendo; pero cuando ya no sólo no te has dignado moverte de tu frío pedestal para seguirme en mis delirios de amante, en mis sueños de joven y en mis ilusiones de esposa, cuando ya no sólo desconoces mi abnegación, sino que en vez de concederme virtud me atribuyes depravación: á mi vez me creo en mi legítimo derecho para rechazar con indignación tan torpes juicios, previniéndote que una vez conociéndonos, represente cada uno el papel que le ha tocado; y si no el amor de los amantes, el deber de

padres nos imponga la pena de tolerarnos, en obvio de escenas de celos que nos conducirán á un abismo de desgracias.

En resumen, señor marido, ¿ó usted ó yo le decimos á Zubieta que no vuelva?

—No, ninguno de los dos.

—Seré yo, dijo Lola con firmeza.

—Te lo prohibo.

—No tienes derecho de prohibirme defender mi honor, que es el tuyo.

—Me pondrás en ridículo.

—Luego confiesas que son ridículos tus celos.

—Sí; pero qué quieres, no lo puedo remediar, solo la idea de....

—Te ruego no me los describas, ya sabes que le tengo horror á esa enfermedad, á la que estoy resuelta á poner término.

—¿Cómo?

—Quitando el pretesto, satisfaciéndote absolutamente.

—Me lo dices de una manera tan altiva, objetó don Manuel al ver la actitud severa de Lola.

—Exíjeme todo, menos humillarme cuando no he delinquido; estoy obligada á probarlo, pero nada más.

¿Y no veré de tu parte ninguna demostración cariñosa?

—¿En cambio de qué?

—De mi enmienda, de mi arrepentimiento, de la confesión sincera que te hago de que he sido un estúpido al creerte capaz de ofenderme; en cambio del perdón que te pido de rodillas.

Y al decir esto, don Manuel, verdaderamente conmovido, cayó de rodillas frente á Lola.

Pero ésta no se dejó llevar del primer impulso, y no levantó á don Manuel.

—¿Debo creer en la sinceridad de ese arrepentimiento?

—Es de todo corazón, se acabaron los celos.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

—Voy á ponerte una condición para perdonarte.

—La acepto, sea cual fuere.

—Es ésta: si te vuelvo á ver celoso, despedido á Zubieta.

—Diciéndole....

—Que....

—¿El motivo?

—No habrá necesidad de eso, porque él debe haberlo comprendido.

—¿Es posible?

—Sí, es posible.

—¿Pero en qué puede...?

—Has estado serio.

—Sí, pero se figurará que ha sido por otra cosa.

—Zubieta, como hombre de mundo, conoce á los celos.

—¿Qué dirá de mí?

—Ese es tu castigo.

—¿Pero estás segura?

—Debo ser leal hasta el fin y te diré: Zubieta conoció tus celos, me lo dijo y pretendió retirarse.

—¿Y tú lo detuviste?

—Sí, y le probé que se equivocaba.

—¿Y lo creyó?

—No lo sé, pero no insistió; y ya lo ves, sigue viniendo: ¿conque estamos convenidos?

—Sí.

—Si te encelas, despido á Zubieta.

—Sí, pero todo ha concluído.

Y diciendo esto Lola, levantó de las manos á su marido, quien en aquel momento sintió como si lo arrebatara un angel hasta el quinto cielo.

—¿Todo?

—Todo, ¿no lo crees?

Lola se quedó pensativa por un momento mientras su marido la contemplaba anhelante, esperando su sentencia.

—¿Vacilas? preguntó al fin don Manuel.

—¡Ay! los celos, los celos....

—¿Qué?

—Son personas de quien no es bueno fiarse.

—Te lo prometo.

—¿Y la condición?

—Aceptada.

—Levántese usted entonces señor marido y tenga bien entendido, que si otra vez vuelve usted á incomodarme con sus celos necios, me veré en la necesidad de ponerlo de patitas....

